

MONITOR DEL COMERCIO

PERIODICO SEMANAL DE ANUNCIOS Y NOTICIAS MERCANTILES Y LITERARIAS.

Lo publica el Establecimiento de D. Francisco de P. Mellado.—Calle de Sta. Teresa, núm. 8.—Madrid.

PRECIO DE SUSCRICION: 8 rs. por trimestre en Madrid y 10 en provincia.—PRECIO DE LOS ANUNCIOS: 50 céntimos por línea de cuarenta letras.—SE SUSCRIBE y se reciben los anuncios, en Madrid en el despacho del Establecimiento y en las librerías de Durán, Baylli-Bailliere, Cuesta, Moya y Plaza, Sanchez, Viana, Villaverde, Lopez, Guizarro, Hernando, de la Publicidad y Americana. En provincia por conducto de los corresponsales ó enviando el importe en letra ó sellos de franqueo.

SEGURO MÚTUO DE QUINTAS.

RESULTADO DEL ÚLTIMO SORTEO.

En el número 86 del Monitor perteneciente al día 9 de julio, dimos cuenta del informe presentado por la Direccion á la Junta de Vigilancia, relativo á las operaciones del último sorteo y de las bases acordadas para el reparto de beneficios; hoy vamos á ocuparnos de este reparto, ya verificado, no tanto para encarecer las ventajas de la Sociedad que no pueden ponerse en duda, como para demostrar la exactitud de los cálculos y la solidez de las bases que la sirven de fundamento.

Adoptada segun dijimos al hablar del informe la cantidad de 4,000 rs. como máximo en la proporcion de un soldado por cada dos mozos útiles, el resultado ha sido que dentro de esta proporcion aquellos que pagaron 4,000 rs. y les ha tocado la suerte, han recibido 8,000; los que pagaron 4,500 han cobrado 8,500 y los que pagaron 5,250, han cobrado 9,250.

En la proporcion de 1 á 3, ó sea en los distritos donde ha habido tres mozos útiles por cada soldado pedido, los que han salido soldados y pagaron 3,000 reales de cuota, han cobrado 8,000 rs.; los que pagaron 3,500, han recibido 8,500; y los que impusieron 4,000, 4,500 ó 5,250, han recibido 9,000, 9,500, ó 10,250 respectivamente.

Por último, los que han jugado la suerte en distritos donde la proporcion ha sido de cuatro mozos útiles por soldado y pagaron 2,000 rs. de cuota, han recibido 8,000; los que pagaron 2,500, 8,500, y así sucesivamente, quedando todavía un sobrante que se conserva en la Caja General de Depósitos, para atender á las eventualidades de los sorteos sucesivos, ó repartir á los libres segun sus derechos, cuando termine la responsabilidad de todos.

En presencia de estos datos todo comentario es inútil; el objeto del Seguro Mútuo de Quintas, es facilitar á los padres de familia los medios para redimir del servicio de las armas á aquellos de sus hijos á quienes toque la suerte, con el menor sacrificio posible; y este objeto está conseguido de tal manera, que no hay nada que le supere ni aventaje, incluso las asociaciones parciales que en la época de los sorteos se forman en algunas partes por los interesados, y vamos á demostrarlo con ejemplos prácticos, sacados del mismo reparto de beneficios, que corre impreso en manos de todos.

En Córdoba ha habido diez y nueve asegurados, y de ellos á once les ha tocado la suerte; si se hubieran asociado entre sí, habrían tenido que pagar á razon de 4,632 rs. cada uno, para librar los once soldados, sin ninguna otra ventaja, mientras que en nuestra sociedad han conseguido el mismo objeto con 4,000 rs., y les queda á los libres derecho al sobrante para el caso en que alguno sea llamado á cubrir cupo en los sorteos sucesivos, ó para repartírsele cuando cese la responsabilidad de todos.

En el distrito de Avignonet, en Cataluña se suscribieron dos, pagando á 3,500 rs. cada uno; á los dos les ha tocado la suerte, y han cobrado ambos 8,500

reales, porque en este distrito la proporcion del riesgo es de 1 á 3; si se hubieran asociado los dos entre sí, habrían tenido que pagar á 8,000 rs. cada uno.

Por último: en el distrito de San Baudilio de Llobregat, también en Cataluña, se suscribieron siete, de los cuales tres han salido soldados; si se hubieran asociado entre sí, habrían necesitado pagar 3,428 rs. cada uno; han pagado 2,500 rs., y los soldados han cobrado 8,500 rs. en lugar de 8,000, y á los libres les queda derecho al sobrante, porque en este distrito la proporcion del riesgo ha sido de 1 á 4.

No acabariamos nunca si hubiésemos de citar ejemplos de esta clase; pero como las listas así de los suscritores como de los que han salido soldados corren impresas segun ya dijimos, todo el que quiera puede hacer la comprobacion, y si despues de hecha hay todavía quien dude, confesamos francamente que no sabemos el medio de convencerlo.

Una Sociedad cuyo objeto benéfico no puede negarse; que bajo el punto de vista moral tiende á corregir los escandalosos abusos que se han cometido y todavía se cometen en el ramo de quintas, y que mercantilmente considerada ha producido á los interesados á quienes tocó la suerte, una ganancia neta de 100, 200, y hasta 300 por 100, segun el riesgo que corrieron, en el corto espacio de dos meses, no necesita recomendarse; ella misma se recomienda. Es verdad que no todos han quedado igualmente contentos ni han conseguido las mismas ventajas; pero la culpa no ha sido de la Sociedad, ha sido de ellos que pagaron cuotas demasiado reducidas en proporcion al riesgo, y que confundiendo el Seguro Mútuo de Quintas con las antiguas compañías de sustitucion militar han creído perjudicar á la empresa y ellos han sido los perjudicados. La gran ventaja de las sociedades mutuas, consiste en que todos los beneficios son siempre para los asociados, y la nuestra está calculada de modo que estos beneficios son mayores siempre, y en todos los casos para los que pagan mas y se suscriben antes.

Otro dia nos ocuparemos de los seguros aplicables á las edades menores para demostrar que en ellos tambien las ventajas superan con mucho á todas las combinaciones hasta ahora conocidas.

AYER, HOY Y MAÑANA⁽¹⁾

cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899.

POR DON ANTONIO FLORES.

CUADRO CUARENTA Y TRES.

LA MADRE Y LAS HIJAS, Ó NUEVAS APLICACIONES INDUSTRIALES.

Malo es, tan malo que casi puede llamarse pésimo, que se traduzcan literalmente al castellano las leyes, los reglamentos y las ordenanzas francesas; abuso, y no flojo, cometen los que declaran obras de texto español ciertas traducciones pésimas; y cosa es que horripila ver una señorita española pidiéndole á Dios en francés «el pan nuestro de cada dia;» pero

(1) Véase el anuncio en la última plana de este número.

todas estas cosas y las otras que nos obligan á tener la cocina francesa, el aya nacida en Francia, el cochero francés y todo afrancesado, no valen nada en comparacion con un abuso mayúsculo del que pienso hablar en este cuadro.

¿Adónde vamos á parar si el gobierno y las cortes, que son los dos santos omnipotentes del sistema moderno, no toman una providencia enérgica para cortar de raíz el mal á que aludo?

¿Qué nos importa que los franceses recojan todo el oro acuñado en España, ni que haya mas ó menos extraccion de moneda de plata, despues de la plata labrada que salió en la guerra de la Independencia, ni que hayan desaparecido y sigan desapareciendo todos los lienzos de Murillo y de Rafael y de Zurbarán y de cuantos pintores célebres hemos tenido en España?

La extraccion á que yo me refiero y la pérdida que amargamente lloro, es de mas importancia y de mayor trascendencia que la del oro y la de la plata y la de todas las obras y objetos de arte.

Yo no sé en qué piensan nuestros legisladores que no han presentado ya un proyecto de ley prohibiendo el tráfico á que aludo y que es algo mas digno de reprobacion y de censura que el de la trata de los negros y de los chinos.

¡Bueno es que todos los dias estén clamando los periódicos para que se impida la emigracion de los gallegos y de los asturianos á las repúblicas de América, y á nadie le haya ocurrido aun alzar su voz para que se prohíba la emigracion francesa de las mas hermosas mujeres de todas nuestras provincias y con especialidad de las de la corte!

¿Es posible que el ministerio fiscal, que además de su forma antigua, tiene hoy la del periodismo, la del parlamento y otras varias, no haya fijado su atencion en asunto tan grave y de tanta trascendencia!

¿Dónde están, lector, dónde están, dímelos por Dios, si lo sabes, aquellas hermosísimas mujeres de tez morena, que orgullosas con su origen árabe, eran por la expresiva belleza de sus facciones griegas, el entusiasmo de su patria y la envidia de las naciones extranjeras? ¿No las producian á millares los hermosos pueblos del Mediodía, naciendo tambien muchas de ellas en las provincias del Norte! ¿Pues dónde están, lector, que has hecho de ellas? O mejor dicho, vosotras, lectoras, ¿qué habeis hecho de vosotras mismas?

¿Dareis lugar á que yo ponga un anuncio en el Diario, ofreciendo un fuerte hallazgo al que presente en esta casa (y aprovecho la ocasion de ponerla á vuestra disposicion) una morena!

Pero callais y tal vez os reis de mi ignorancia porque no acierto á encontrar lo que busco á pesar de tenerlo delante de los ojos.

Vosotras mismas sois morenas y no habeis emigrado á Francia, como yo creia, dejandoos permutar por otras tantas pálidas francesas.

Lo que habeis hecho es traduciros al francés, y traduciros á dos columnas: esto es, conservando debajo del texto blanco, el texto moreno. Me lo acaba de decir en confianza, y quitándome con su revelacion un gran peso de encima, una de vosotras, á quien inocentemente he hecho apostatar de su afrancesamiento.

Llegó un dia, (estoy ya enterado de todo) en que os hicisteis este razonamiento:—Si la geografia de España, la aprendemos en francés, y las cortesías las hacemos á la francesa, y el devocionario con que rezamos está en francés, y del francés están traducidas, sacadas y arregladas todas las comedias que vemos en el teatro, ¿por qué no hemos de traducir y de arreglar nuestra fisonomía al francés? ¿De qué nos sirve vestir con trajes de París y hablar en francés, si mientras conservemos esta tez morena han de conocer que somos españolas?

Y dicho y hecho: con media docena de lecciones de blanqueo y un diccionario de cosméticos quedásteis tan perfectamente traducidas al francés, que yo y otros muchos, os hemos creído verdaderas francesas. Y como algunas de vosotras no solo habeis tra-

ducido el cutis, sino que hasta el hermoso cabello negro le habéis puesto en francés, con unos cuantos repasos rubios, hé ahí por qué creíamos que los franceses, después de haberse llevado los lienzos de nuestros grandes artistas, habían cargado también con los modelos de aquellas grandes obras; dejándonos en cambio unas cuantas damas destenidas y pálidas.

No ha sido así por fortuna, de lo que á Dios gracias me felicito sobremanera, y puesto que la desaparición de aquellos hermosos cabellos negros, que los poetas confundían con el ébano y con el azabache, no es sino cuestión de moda, espero que pronto pase ésta, y volváis á verter al español lo que siempre debió de estar en castellano.

Y ahora os haré una relación sucinta del como y el cuando he averiguado este secreto, que voy sospechando que para el público tiene una antiquísima publicidad.

Mi amiga doña Eduvigis Guzman de Luna fué en sus mocedades una de las mujeres mas hermosas de la corte, y consistía su principal belleza en un cutis moreno, pero terso y limpio, en el cual podían contarse los poros, como se cuentan hoy, con arreglo al arancel de aduanas, los hilos en las telas de algodón. El negro de sus cabellos hacia parecer blanco el semblante, y eran sus ojos dos carbones encendidos cuando los abría de par en par, para abrir una puerta cochera en el corazón que se le antojaba, y dos carbones apagados cuando los entornaba, y los hacia verter su luz sobre las mejillas, que súbito se ponían como la grana. Los labios no eran de coral, porque esos labios son demasiado duros y no han sido nunca del gusto de nadie, sino de los poetas, ni los dientes de marfil, ni el cuello de alabastro, ni ninguna de sus facciones tenía nada que ver con esas industrias; pero todas eran de lo mejor y comparables á ellas solas.

El corazón en que hicieron mayor estrago los ojos de doña Eduvigis, ó al menos el que se confesó mas estragado, fué el de un caballero moreno también y de ojos y cabellera negra. Enseñóle el ferido galán, no á doña Eduvigis sino á su madre, el corazón ferido, y habiendo declarado la niña que también el suyo estaba picado, se le contó el caso al cura de la parroquia y al vicario, y se hizo un matrimonio moreno; pocos años después de haber lanzado los legisladores del año 1812 una excomunión política á la gente de color.

Pero el color de doña Eduvigis no era africano, ni mucho menos, y no solo permitía la mantilla blanca, en días del Corpus y fiestas análogas, sino que aumentaba su belleza cuando la enseñaba entre blondas blancas; y era cosa de alquilar plaza para verla, si sobre una basquiña de red, y un corpiño carmesí, se encajaba la mantilla blanca de encaje ó bordada.

Decíase entonces, aunque doña Eduvigis aseguraba que eran bromas de su marido, que el vivo carmin que animaba sus mejillas no era natural, sino que le producía un largo beso, que antes de salir de casa le daba una tohalla, un tanto áspera que tenía al efecto; y hasta hubo quien añadió que no era todo friegas de la tohalla, sino que también había algo de colorette, que doña Eduvigis tomaba muy pulcramente con la yema del dedo índice, de unas pastillas de carmin sobre papel, que entonces vendían; ¡pásmate, lector! en las tiendas de comestibles. Pero esto, francamente lo digo, ni se averiguó entonces, ni se ha confirmado después.

Lo que hay de cierto es que doña Eduvigis conservaba su cutis moreno, como siempre, y que la prueba evidente de que, como ella decía, no se daba *mano de gato*, era que no se tapaba la cara cuando llovía, como hacían otras, ni llevaba un pañuelo de reserva para limpiarse el sudor de la cara.

Morena la conocimos siempre; moreno siguió siendo su esposo, y muy morenitas fueron las cuatro niñas que nacieron del matrimonio. Doña Eduvigis, y su esposo, eran, como andaluces, descendientes de la raza árabe, y sus hijas, á tomarles en cuenta la obscuridad de sus rostros, volvían á empezar la raza.

Las vicisitudes políticas hicieron que perdiésemos de vista esa familia, cuando la madre, que empezaba á ser jamaona, entraba en el segundo periodo de su hermosura, casi mas ayasallador que el primero; y no habíamos vuelto á saber de ella, hasta que una casualidad nos ha proporcionado noticias suyas.

Días pasados, hallándonos de visita en una casa en que se hacía música, según nos había dicho el dueño de ella, nos prendió de tal manera el talento con que una señorita, de poco mas de quince años, ejecutó una pieza en el piano, que pedimos ser presentados á ella, como en efecto lo fuimos, y poco después á su mamá, que no lejos de allí estaba, y que nos pareció de pocos mas años que la hija.

Figúrate, lector, una mujer hermosísima, blanca como el alabastro, y aquí viene de molde la comparación de los poetas, con un cutis terso como el marfil, unos labios de verdadero coral, unas mejillas

de carmin, unas pestañas que ni pintadas con un pincel, y unos ojos negros, muy negros; figúrate la digo, con una gran cabellera rubia, toda encrespada y cubierta de flores, sin una arruga en la frente, ni un pliegue en la boca, ni una grieta en los labios, ni señal remota de que la pata de gallo se acercase al lagrimal del ojo, y verás sino te cuesta trabajo creer que aquella niña de quince años fuese madre de otra de diez y seis.

Naturalmente, y nunca mas de buena fé, esa fué la primera galantería que la dirigí; y por cierto que la oyó sin inmutarse, ni ponerse mas pálida ni mas colorada, ni fruncir el ceño, ni arrugar el labio. Es posible que el Convidado de Piedra ó el Caballo de Bronce, hubieran hecho mas movimiento que el que hizo aquella señora, la cual se dignó, sin embargo, preguntarnos como nos llamábamos.

Apenas habíamos pronunciado nuestro nombre, dijo sin inmutarse, y como un verdadero autómatas: —¡Es posible! ¡Cuánto he oído hablar de vd. á mi mamá!

—¿Quién es su mamá de vd., señora? la pregunté.

—Doña Eduvigis Guzman de Luna, me respondió.

—¿Qué dice vd. señora? ¡Oh placer! exclamé estrechándola con efusión la mano. ¿Y vive aun mi buena doña Eduvigis?.... ¿Y su papá de vd. estará muy viejo?

—No señor, se ha muerto; mamá es la que vive.

—¿Y dónde podré verla?

—Aquí mismo, me replicó la hija de doña Eduvigis.

Y alzándose en pié, aceptó mi brazo y nos dirigimos á la sala de juego donde se hallaba su madre.

En el camino, y precisamente al acusarme un espejo mi imagen y la de la señora que llevaba del brazo, una sospecha negra, muy negra, asaltó mi mente, y temiendo hacer un papel desairado si al llegar frente á una doña Eduvigis, me encontraba con que no era la mía, me detuve y dije á mi compañera:

—Pero vd. está cierta, señora, de que es hija de doña Eduvigis Guzman de Luna?

—Ya lo creo que sí, respondió extrañando mi duda.

—Y de don....

—Timoteo de Luna y Manrique, interrumpió la señora.

—¡Parece imposible! exclamé.

—¡Imposible! ¿y por qué? ¿Tan vieja me encuentra vd. que?....

—Al contrario, señora, demasiado joven.

—Pues soy la mayor de todas mis hermanas, replicó con cierto aire de coquetería.

—¿La que nació en Sevilla?.... ¡Rupertita!.... ¿usted es Rupertita?

—Justo y cabal; yo soy Rupertita, repitió casi en son de burla la señora.

—Vaya, señora, eso sí que no es posible. Aquí estamos padeciendo una equivocación gravísima que yo deseo aclarar cuanto antes, para no molestar á usted mas tiempo.

—Caballero, dijo Rupertita, yo creo que si vd. es quien me ha dicho antes, y por lo tanto, el íntimo amigo de mi familia desde que se establecieron en la corte, no hay engaño alguno. La admiración de usted se explica, añadió con aire de burla, porque vds. los señores mayores, creen que los años pasan en valde, y se sorprenden de que en veinte que han transcurrido haya venido una nueva generación.

—Perdone vd., señora, que yo no soy de esas gentes; y no me admira la generación que viene, sino que desconozco á la que ya había venido. Y crea vd. que me confunde lo que me está pasando hace un rato.

—¿Qué le pasa á vd.? me dijo Rupertita casi riendo.

Entonces me puse á mirarla de frente, con una fijeza verdaderamente impolítica, y la dije:

—Dígame vd., Rupertita, la verdad, ¿vd. no era morena?

—¡Caballero! gritó la señora como si la hubiera hecho una grave ofensa; yo no he sido nunca morena; ni creo que tenga vd. derecho para dirigirme semejante insulto.

—Perdone vd., señora, yo creía recordar que cuando vd. nació y hasta la edad de diez años era....

—Blanca como la nieve, interrumpió Rupertita; se lo he oído decir muchas veces á mi mamá.

—Y dígame vd., señora, ¿su madre de vd. también es blanca?

—Como el alabastro.

—¿Y rubia?

—Como el oro.

—¿Y su padre de vd.?

—No me acuerdo; porque cuando murió era yo muy niña; pero, á juzgar por el retrato que tenemos en casa, era el menos blanco de la familia.

—Pues, señora, si su madre de vd. es blanca, y sobre todo rubia, es otra doña Eduvigis que la que yo busco. Aquella era una morena hermosísima, con mucha gracia, y con un pelo.... con un pelo negro y grueso que era la envidia de todas las damas extranjeras que venían á la corte.

—¿Es aquella? dijo Rupertita señalándome á su madre desde la puerta de la sala de juego.

—¡Aquella de la peluca rubia, que parece una desenterrada! exclamé sin poder contener tamaña grosería.

—Caballero, esto es ya demasiado, dijo Rupertita.

Y acercándose á su madre debió de decirle estas palabras:

—¡Ahí tiene vd. á aquel amigote de quien tantos elogios nos ha hecho; y á fé que es un solemne bárbaro.

—¿Dónde está? ¿dónde está? gritó doña Eduvigis, tirando las cartas, y arrojándose poco después en mis brazos.

Yo correspondí maquinalmente á tan afectuoso saludo; pero, maquinalmente también, me solté de sus brazos, y poniéndole las manos en los hombros, hice con ella lo que hace el aficionado á cuadros, cuando trata de ver á que escuela pertenece el que tiene delante de sí, y le pone á diferente luz y á varia distancia, para no ser víctima de la primera alucinación.

—Amiga mía, la dije por fin balbuciendo, amiga mía.... ¿es posible que nos volvemos á ver?

Y esto, debo confesarte, lector, que lo dije con miedo, porque era una solemne mentira, cuando menos en la mitad de la frase. Aunque algo envejecido, doña Eduvigis me volvía á ver á mí; pero yo no la volvía á ver á ella.

Excepto las ropas de hilo crudo, que á medida que se van lavando van emblanqueciendo, hasta deshacerse en hilacha blanquísima como los copos de la nieve, todas las demás personas y objetos oscuros, que yo había conocido hasta entonces, el tiempo y el agua los iban ennegreciendo en lugar de aclararlos. Yo mismo, que fui en mi niñez blanco, me iba tornando moreno, y mis manos, antes alabastrinas de puro blancas, se iban sombreando y curtiendo.

Doña Eduvigis era una excepción de la ley general, y no solo había blanqueado como si su cutis hubiera tenido las propiedades del hilo de Escocia, sino que su rostro no tenía las del bacalao de idem. Ni una sola arruga surcaba aquella fisonomía de yeso mate, que mas parecía la de una estatua escapada de un sepulcro, que la de un ser viviente; y á pesar de la profunda emoción que la produjo mi inesperada presencia, ni sus mejillas se coloraron, ni sus labios perdieron el color, y la frente se conservó fresca y estirada á pesar del peso con que la abrumaba la peluca.

Rupertita nos hizo una graciosa cortesía francesa, á su madre y á mí, y se volvió al salón del concierto.

Doña Eduvigis se retiró conmigo á uno de los gabinetes de descanso, y allí, después que hubimos tomado asiento, entablamos el siguiente diálogo:

—Vaya, vaya, mi buen amigo, me dijo, y qué bien se conserva vd. que no parece que ha pasado un solo día desde que no nos hemos visto.

—No señora, la repliqué. No ha pasado un día sino muchos años. ¡Pobre don Timoteo!

Doña Eduvigis sacó el pañuelo al oír el nombre de su esposo, para enjugarse las lágrimas, dentro de los ojos, no hiciera el diablo que echaran á correr por las mejillas y armasen un barrizal diabólico, y después que se hubo serenado me dijo:

—¿Vive vd. en el campo?

—No, señora.

—Le encuentro á vd. demasiado moreno. ¿Usted que era tan blanco! Lo cual hacia rabiarse bastante á mi difunto Timoteo.

—Pues no me dijo nunca que no le gustara la gente blanca.

—Al contrario, si lo que tenía era envidia porque yo, cosas de jóvenes, siempre estaba diciendo:—¿Quién pudiera robarle la blancura á tu amigo! á él no le sirve de nada, y si yo la tuviera.

—¡Ah! ¡ya caigo! y por eso....

—¿Por eso, qué? preguntó asustada doña Eduvigis.

—Por eso ahora que ha muerto don Timoteo, ha encontrado vd. ocasión de adquirir la blancura que tanto codiciaba.

—¡Caballero! gritó indignada doña Eduvigis.

—No se incomode vd., señora, la dije, y recuerde las muchas galanterías que la dirigí en sus mocedades.

—Ya, pero ahora.... quiere vd. dar á entender....

—Ahora y siempre quiero decir y digo, que quien se acuerda de aquella hermosa tez morena que vd. tenía y con la que tantos celos causaba á las mujeres blancas; y aquel pelo negro como el ébano, y aquellas cejas pobladas y negras, que lucían tanto como los ojos, siento haber vuelto á encontrar á vd. transformada en una de aquellas hermosuras pálidas y frías, que vd. y yo calificábamos tan duramente entonces.

—Verdad, amigo mío, dijo doña Eduvigis, olvidándose con mis lisonjas de la fiera con que empezó el diálogo, verdad que donde estaba una morena de aquellos tiempos, vivarachas, ojinegra y de fisonomía expresiva é insinuante, no había nadie que la hiciera sombra.

—Claro es que sí; pero dígame vd. ¿es posible que ya no quede ninguna de aquellas morenas? ¿Se ha extinguido la raza española ó qué es lo que ha sucedido?

—¡Al contrario, dijo doña Eduvigis; ahora hay mas que antes!

—¿Pues dónde están que no las veo ni en el teatro, ni en el paseo, ni en los bailes, ni en ninguna parte?

—No las ve vd. porque... francamente... porque todas están pintadas. Ahora mismo ha venido vd. aquí del brazo con una de las mujeres mas morenas que hay en España.

—¿Quién es?

—¡Toma! ¿quién ha de ser? mi hija.

—¿Su hija de vd. es morena?

—Casi mulata.

—¿Y tiene el pelo negro?

—Como el azabache.

—Pues entonces, como la he mirado yo que la he dicho.....

—Sí ya lo sé; me lo ha contado al oído.

—Pero explíqueme vd., señora, ¿qué es lo que pasa? ¿Están vds. proscriptas, ó viajan de incógnito ó qué es esto?

—Nada, que es moda.

—Ya, pero en nuestros tiempos la moda no se metía para nada con el cutis.

—Sí, señor, también andaba en algunos tocadores la mano de gato.

—Sí, pero no pasaba de algunos ligeros baños del agua Venus, y algo de aquellas pastillas de carmin.

—Ciertamente que no hay comparacion entre una cosa y otra; pero tampoco la química estaba entonces tan adelantada como ahora.

—Es decir, que ahora se tiñe y se retiene, como se quiere. Pues entonces no comprendo por que Ruperta se ha incomodado tanto conmigo porque la he dicho que cuando yo la conocí era morena. La misma razon tendria su hija para enfadarse si se tiñera de negro, el día de mañana, y la dijese que habia sido rubia como un oro.

—El caso es que esa, si se enfadaba, estaria mas en su lugar que mi hija.

—¿Por qué razón?

—Porque mi nieta también es morena.

—¿Qué está vd. diciendo?

—Mas que su madre.

—Es decir, que á medida que se van vd. blanqueando, los retoños van siendo mas negros, la dije riendo.

—Justo y cabal, contestó doña Eduvigis, aceptando mis palabras.

—¿Pero cómo pueden vds. vivir con tantas falsificaciones? la dije.

—Muy mal, amigo mio, muy mal; porque ¡vd. no sabe todo el tormento que causan estos revoques de fisonomía! Ha padecido vd. fluxion de muelas?

—Sí, señora.

—¿Y se ha dejado vd. embadurnar el carrillo con una capa de almidon?

—Muchas veces.

—Pues ya sabe vd. lo que cuesta el dejar de ser morena; sin contar con otras cosas que deben callarse. Mire vd. que esto de no poder cerrar con libertad la boca, porque no salte la cascarrilla del labio, ni reír fuerte, para que no se resquebrajen los carrillos, ni llorar, para que no se forme barro, ni limpiarse el sudor, es un tormento continuado.

—¿Y cómo no rompen vds. con esa moda que es un verdadero suplicio!

—Por vergüenza.

—¿Vergüenza de qué?

—De que vean que somos morenas.

—¿Pero, señora, suponiendo que hoy sea un delito lo que antiguamente era un título de gloria, no saben que son vds. morenas el perfume que les da las drogas, la doncella que se las prepara, y finalmente, cuantos las ven de día que de sobre conocen el revoque de la fachada! ¿Pues que hay alguna señora que pueda creer que sea fácil de confundir una rubia industrial, con otra de nacimiento! Aquel cutis terso, suave y transparente, de las mujeres blancas, á través del cual se percibe la rosada circulacion de la vida, puede compararse nunca con ese barniz blanco de los falsificadores, que quita toda flexibilidad y toda transparencia! ¿Y cuándo logrará la industria imitar la belleza de una cabellera rubia, ni el dulcísimo mirar de unos ojos azules!

—Vaya, vaya, dijo doña Eduvigis, veo que se va vd. entusiasmado demasiado con las rubias.

—Como siempre, la repliqué; sino que es una verdad que no tiene réplica. Aun suponiendo que el arte llegase á inventar un tinte que no le quitase al cutis su transparencia y su frescura, siempre resultaria que las facciones irian por un lado y el color por otro. Pinte vd. á un albino de negro, y á un negro de blanco, y vd. verá que figuras tan repugnantes son los dos, teniendo cada uno de ellos su belleza relativa. Créame vd. y recomiendo á Ruperta que no se deje ver á la luz del día.

—Mire vd., de día nos ve poca gente; en primer lugar, porque mis hijas, que yo no me cuido de eso, no salen de su cuarto hasta la una de la tarde, y no reciben visitas; porque hoy día como usted sabe.....

—Sí, ya sé que no hay amigos.

—Sí tal, los hay, pero no se los recibe sino un día á la semana, y ordinariamente de noche.

—Pero de todos modos, ¿cree vd. que habrá nadie que ignore.....!

—No, señor, lo saben todos, pero nadie dice nada.

Por un convenio tácito, las señoras se pintan del color que quieren y se cuelgan toda la hermosura que les da la gana, y los hombres saben que están pintadas, pero todos se guardan el mas profundo secreto. Y antes por el contrario, se hacen mas elogios de esta tez de ahora, que todo el mundo sabe lo que cuesta el adquirirla y el perderla, que de la de antaño que entraba con el capillo y salía con la mortaja, como dice el refrán. La única ventaja que tiene este sistema de fisonomías, es que cada día se puede estrenar una distinta, y que no hay que echar la culpa á nadie si la restauracion no está bien hecha.

—Vaya, dije estrechando la mano á doña Eduvigis, estoy deseando ver á Rupertita, para pedirle perdón por mi torpeza, y decirle que ya lo sé todo.

—No hará vd. tal, si quiere ser su amigo.

—¿Y por qué?

—Por lo que acabo de decir á vd.; porque es convencional el silencio.

—Pero señora, eso es una ridiculez. Eso seria lo mismo que hacerse uno el desentendido en presencia de una escultura de madera que se la encontrase de repente pintada. Hasta el artista se resentiria de que no se elogiase su obra.

—Pues qué quiere vd., las mujeres nos resentimos por lo contrario; y no será porque no hay algunas que iluminan su rostro con mas primor que el mejor de los pintores! Y para que vea vd. hasta qué punto se guardan las formas, que los maridos de mis hijas, que saben de sobre ¡figúrese vd. si lo sabrán! que van pintadas, jamás les han dicho una sola palabra. ¡Y Dios nos libre de que algun día hicieran la menor insinuacion!

—Pues, señora, yo seré todo lo bárbaro que usted quiera, pero si algun día veo una señora que esté bien restaurada, la haré un cumplido por su obra.

—Será una grosería.

—Será lo que vd. quiera, pero mas grosería es que una dama presente una preciosa labor tan á la vista como es la cara y no se elogie su habilidad.

—Mamá, dijo á este tiempo Ruperta, asomándose á la sala de juego; si quieres oír á Elisa el aria del *Trovador*, ven corriendo.

Yo me despedí de doña Eduvigis, que me exigió que fuera á verla á su casa, donde me hablaria de otras cosas, que es posible que otro día ponga en noticia del lector.

—La *Gaceta* del día 4 publica los estados formados en el ministerio de la Gobernacion, que comprenden los datos estadísticos referentes al reemplazo del año último.

El número total de mozos medidos, fué de 88,382. De estos, 2,935 no llegaron á la talla de 1.47 metros; 2,020 tuvieron la de 1.47 ó esciendiendo de ella no llegaron á la de 1.50; 4,684 tuvieron esta, y no llegaron á la de 1.53; 6,884 no llegaron á 1.56; 16,523 aparecieron faltos de talla de 1.56 exigida por la ley; 15,643 tuvieron esta talla ó no llegaron á 1.59; 14,356 no llegaron á 1.62; 14,724 no llegaron á 1.65; 12,229 no llegaron á 1.68; 7,974 no llegaron á 1.71; 3,793 no llegaron á 1.74; 1,809 no llegaron á 1.77; 873 no llegaron á 1.80; 488 tuvieron 1.80 ó esciendieron de ella.

El número total de mozos exceptuados del servicio militar por hallarse comprendidos en las excepciones que establece el artículo 76 de la ley, fué de 16,935.

—De los datos recogidos por la *Gaceta de los caminos de hierro* relativos á los ingresos de los ferrocarriles españoles en el primer semestre de 1863, aparece que el segundo trimestre de dicho año ha superado al primero en la respetable suma de 10,040,952 reales no esciendiendo entre uno y otro la diferencia de kilómetros explotados de 342, en su mayor parte abiertos al servicio en época demasiado reciente para que buenamente pueda exigirseles mayores rendimientos.

La línea de Madrid á Alicante, que como siempre figura á la cabeza de las que componen la ya importante red de nuestros caminos de hierro, ha tenido de uno á otro trimestre, no pasando su longitud de 482 kilómetros, un aumento de ingresos que puede calcularse próximamente en tres millones.

La del Norte arrojó respecto del trimestre anterior una diferencia de 2,371,893 rs.; respecto del trimestre correspondiente de 1862, de 3,838,800; y finalmente respecto de uno á otro semestre, de mas de 7,238,698.

La de Barcelona á Zaragoza: del primero al segundo trimestre resulta á favor del de 1863, 722,687 reales; del segundo trimestre de 1862 al segundo de 1863, 942,047, y del primer semestre de 1863 al primero de 1862, 1,618,775.

Los ingresos de la de Madrid á Zaragoza han mejorado respecto al primer trimestre del año, en que ascendieron á 2,401,263 reales, y hoy se elevan á 3,243,817. En cuanto al trimestre correspondiente de 1862 la diferencia es mas notable, pero la hay también de kilómetros (166 contra 344).

Revista comercial. Despues de haber descendido el trigo en Valladolid en la semana anterior á 46 rs. clase buena, en la última apenas se ha hecho operacion ninguna á este precio, siendo el que mas generalmente ha regido 45 1/2.

La cebada de 26 á 28 rs. fanega; las legumbres están este año en lo general faltas de granazon; pero en cambio muy cocheras.

Tampoco el número de operaciones realizadas en el mercado de Santander ha sido importante; pero en los precios se ha advertido bastante firmeza. Las escasas existencias de harinas han sido causa, sin duda, de que mantenga su tipo á 19 rs., al que parece se ha cedido lo necesario para dos cargamentos.

El mercado de cereales, en Andalucía, no parece que ha tenido mucho movimiento en la semana última. Los trigos entrados últimamente en Sevilla han sido de mejor granazon y color que los recibidos en la anterior semana.

El aceite está sostenido, y aun con mejora de precio en algunas ventas de las que se hacen en la Calzada. Escriben de Aljarafe que los olivares resultaron allí muy afectados por las anomalías de la última primavera, lo propio que las viñas, de cuyas resultas aquellos solo ofrecen media cosecha y bastante menos estas.

Han regido y rigen los precios siguientes:

Trigos fuertes para fideos de 55 1/2 á 56 1/2; idem pintones superiores de 56 á 56 1/2; id. mezclas de embarque de 46 á 53 1/2; id. tremes de 44 á 46; cebadas de 24 á 25; habas mazaganas de 33 1/2 á 34 1/2; habas grandes tarragonas de 35 3/4 á 36 y medio; garbanzos de menudos á medianos, de 55 á 60.

Harina de primera de 21 á 21 1/2 rs. arroba; id de segunda de 18 á 18 1/2 id., id.

En el mercado de Jerez, al contrario que en el de Sevilla, ha reinado bastante animacion. Sigue faltando á la venta la cebada, y en los garbanzos aun no se sabe ninguna operacion notable que se haya hecho.

Ignoramos la importacion y venta del trigo viejo; en cuanto al nuevo, han seguido estacionados sus precios en su última alza, y los que hubo en la semana fueron de 52 á 60. Las ventas mas numerosas se hicieron de 54 á 56 y las menos desde dichos hasta 58 1/2, habiéndose además ajustado una corta partida á 60 rs. de trigo superior. Han estado algo animadas las entradas de arrieria en la alhóndiga de la plaza, en donde se realizó de 50 á 55 rs. con alguna animacion.

Queda poca cebada vieja á la venta y sus negocios se han reducido á varias cargas de 24 á 26 reales. De las varias partidas que hay navegada, almacenada también, se vendió alguna á los mismos precios y en poca cantidad.

La nueva escasea. Varias partidas y cargas se ajustaron de 24 á 26. No ha entrado mas que una poca de arrieria que se despachó de 24 á 26 rs.

No sabemos que se haya realizado ninguna partida de garbanzos viejos; de los nuevos aun no hay partidas almacenadas. A 76 rs. se ajustaron unos pocos medianos.

Segun las noticias que tenemos de la cosecha de 1863, en Francia será de las buenas ordinarias; los calores no han hecho tanto daño á la calidad de los granos como se temió y el peso de lo que se ha recogido ya seco será muy considerable.

BOLSA DE MADRID.

Cotizacion oficial del 4 de agosto.

FONDOS PÚBLICOS.

Titulos del 3 por 100 consolidado, 52-50.
Idem diferido, id., 52-70.
Deuda amortizable de primera clase, 37-00.
Idem de segunda, id, 24-15.
Idem del personal, 24-45.

CAMBIOS.

Londres á noventa dias fecha, 50-10.
Paris á ocho dias vista, 5-22.

EDITOR RESPONSABLE, D. JOAQUIN BERNAT.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,
A CARGO DE D. JOAQUIN BERNAT,
Costanilla de Santa Teresa, núm. 3.—Madrid.—1863.

CAJA DE SEGUROS Y SEGURO MUTUO DE QUINTAS DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO.

AUTORIZADA POR EL GOBIERNO DE S. M.

Esta Sociedad tiene por objeto proporcionar recursos á los padres de familia para redimir del servicio de las armas á aquellos de sus hijos á quienes toque la suerte de soldado.—La suscripción se divide en dos clases:

1.ª Los **Seguros á cuota y plazo fijo** aplicables á los niños desde el nacimiento hasta que cumplan la edad de quince años, y se hacen pagando las cuotas únicas, ó anuales, que señala la siguiente tarifa, calculada para obtener la suma de *ochocientos reales*, en el caso muere, se exceptúa ó queda libre del servicio por cualquiera causa que sea, y la suscripción se hizo con riesgo del capital, el suscriptor no tiene derecho á nada; pero si se ha hecho sin riesgo del capital, se le devuelve la cantidad que impuso deducido al 5 por 100 en las cuotas únicas, y el 6 por 100 en las anuales que retira la Caja por gastos de administración con arreglo á los Estatutos.

EDAD.	Con riesgo del capital.		Sin riesgo del capital.	
	Cuota única.	Cuota anual.	Cuota única.	Cuota anual.
1 á 2	540	60	4,070	110
2 á 3	620	70	1,290	130
3 á 4	700	80	1,390	150
4 á 5	800	90	1,370	180
5 á 6	900	100	1,780	210
6 á 7	1,000	120	2,000	250
7 á 8	1,120	150	2,240	300
8 á 9	1,350	180	2,510	360
9 á 10	1,420	220	2,810	420
10 á 11	1,580	260	3,140	500
11 á 12	1,750	340	3,490	670
12 á 13	1,940	420	3,880	840
13 á 14	2,150	500	4,300	1,010
14 á 15	2,380	600	4,760	1,200
15 á 16	2,636	780	5,360	1,560

cese en todas las edades, pero se aplican principalmente á la de diez y seis á veinte años, ó sea hasta la víspera del sorteo. En estos seguros no hay cuotas delemnadas; cada uno paga lo que quiere, y el importe de lo que todos pagaron se reparte entre los que salen soldados; pero según cálculo aproximado para que el reparto cubra la suma de *ochocientos reales* poco más ó menos, los que se suscriban deben pagar las cuotas siguientes:

Edad de 16 á 17 años no cumplidos.	
Proporcion de 1 á 4 mozos útiles por soldado que se pida.	2,200
Id. de 1 á 3 mozos útiles id.	2,900
Id. de 1 á 2 mozos útiles id.	4,360
Edad de 17 á 18 años no cumplidos.	
Proporcion de 1 á 4 mozos útiles por soldado que se pida.	2,330
Id. de 1 á 3 mozos útiles id.	3,100
Id. de 1 á 2 mozos útiles id.	4,640
Edad de 18 á 19 años no cumplidos.	
Proporcion de 1 á 4 mozos útiles por soldado que se pida.	2,500
Id. de 1 á 3 mozos útiles id.	3,300
Id. de 1 á 2 mozos útiles id.	4,940
Edad de 19 á 20 años no cumplidos.	
Proporcion de 1 á 4 mozos útiles por soldado que se pida.	2,630
Id. de 1 á 3 mozos útiles id.	3,500
Id. de 1 á 2 mozos útiles id.	5,250

Con estas cuotas pueden aspirar los que le toque la suerte, á percibir la suma necesaria para redimirse, ó acaso mas, y á los libros quedados en depósito una reserva suficiente quizas á asegurar el riesgo de las edades sucesivas, y si es favorable la suerte, al reparto de algun sobrante.

No se exigen al tiempo de suscribirse derechos de gerencia, ni mas gasto que diez reales por la *póliza* y el importe del sello correspondiente. En esta clase de seguros se hacen por el Establecimiento fundador de la Caja, anticipos para suscribirse con condiciones ventajosas y sin mas garantía que la póliza hasta la víspera del sorteo, en que se exige para conceder nuevos plazos.

Las cuotas anuales pueden pagarse de una vez ó que resulte satisfactoria la totalidad antes de empezar el año á que correspondan. La primera cuota se exige siempre al tiempo de hacer la suscripción, y no es devuelta si el suscriptor se retira antes de la fecha en que el seguro es obligatorio. Los seguros á cuota anual pueden convertirse en cuota única á voluntad del suscriptor, pagando la diferencia.

2.ª Los **Seguros á cuota y plazo voluntario** que pueden hacerse.

Se suscribe y se dan prospectos y explicaciones en Madrid, en las oficinas de la Direccion, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en provincias por conducto de los representantes de la Sociedad. En los pueblos donde no los haya pueden hacerse los seguros por medio de cartas que se dirigen á D. FRANCISCO DE PAULA MELLADO.

AYER, HOY Y MAÑANA.

CUADROS SOCIALES DE 1800, 1850 Y 1899,

POR

D. ANTONIO FLORES.

Esta obra, cuya publicacion se suspendió en 1853, sale de nuevo á luz corregida y considerablemente aumentada la parte primera, de la cual en aquella época se agotaron dos numerosas ediciones, y se continuará sin interrupcion hasta su conclusion.

Se ha publicado el tomo 5.º que contiene los cuadros siguientes:

Los escaparates.—La privanza en 1850.—El ómnibus y la calea.—La madre y las hijas, ó nuevas aplicaciones industriales.—La santurrón y la devota, ó dos devociones y dos devocionarios.—Una madrugada en 1850.—Literatura menuda.—El cuarto poder del Estado.—Lo que algunos echarán de menos en el periódico que otros habrán encontrado de mas.—Un convite en 1800 y otro en 1850.—Una comida de etiqueta, sin etiqueta alguna.—Placeres de sobremesa.—Costumbres populares.—El suicidio del siglo XIX.

Toda la obra constará de siete tomos en 8.º de mas de 300 páginas cada uno. Precio 10 rs. tomo en Madrid y 12 en provincia.

DICCIONARIO GEOGRAFICO, ESTADÍSTICO, HISTÓRICO Y BIOGRÁFICO DE LA ISLA DE CUBA. POR DON JACOBO DE LA PEZUELA.

Esta importante y extensa publicacion, para la cual se ha servido el autor de datos oficiales en todas las materias, fué decretada hace diez años por la escelen-

teísima junta de Fomento, Comercio y Agricultura de la Habana; y los trabajos que la forman han sido recientemente aprobados en su totalidad por una comision de capacidades facultativas nombrada por el gobierno de S. M. Está enteramente terminada incluyendo datos y noticias estadísticas de todos los ramos hasta fines de 1862. Constará de cinco tomos en 4.º mayor, y de mas de 600 páginas de á dos columnas. Acaba de darse á luz el primer tomo y se están imprimiendo simultáneamente los dos siguientes. Precio de cada tomo: 60 rs. en Madrid y 70 en provincia, enviándose por el correo franco el porte. Se vende en el Establecimiento tipográfico de MELLADO, calle de Santa Teresa, número 8, y en casa de todos los corresponsales de dicho Establecimiento.

EL ANTIGUO MADRID.

PASEOS HISTORICO-ANECDOTICOS, por don Ramon de Mesonero Romanos. Un tomo en 8.º mayor de 500 páginas, de impresion esmerada, en buen papel, adornado con grabados y láminas aparte del texto grabadas en piedra, que representan los sitios, plazas y monumentos mas notables. Precio 34 rs. en Madrid y 38 en provincia.

OBRAS

DE DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

Cinco tomos en 4.º mayor á dos columnas, edicion correcta y esmerada: precio 200 rs. en Madrid y 220 en provincias.

Los cuatro primeros tomos comprenden todo el teatro, que se compone de 76 piezas; el 5.º las poesías y artículos en prosa, y se venden separadamente á 40 rs. en Madrid y 44 en provincia.